

LA UNIDAD CATÓLICA,

- Esta Asociación no solamente esquiua sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

EL FIN DE LOS CISMAS.

Lo que desde la primera edad del protestantismo presintieron elevados talentos, abarcando de una ojeada la fatal pendiente de sus negaciones que no habia de parar sino en el fondo del ateísmo, es hoy y hace ya algun tiempo una verdad patente ó mas bien un hecho innegable para los mas vulgares observadores. Otras heregías, no menos estendidas acaso ni menos radicales, al hacer uso del racionalismo ó sea *libre exámen* sin el cual jamás pudieran separarse de las enseñanzas de la Iglesia, no lo habian erigido en principio sin embargo; por esto carecieron de la ominosa trascendencia de la que parece venida en la plenitud de los tiempos, preñada de los gérmenes del error indefinido que al calor de la lógica habian de desarrollarse sucesivamente, para constituir la última de las heregías. Durante tres siglos y medio todos los esfuerzos de habilidad y energía intentados en el seno de los disidentes, así en orden al régimen como en orden á las creencias, han sido incapaces de contener este mortífero desarrollo: los gobiernos temporales por móviles ambiciosos ó por un mal comprendido interés nacional van alargándole la existencia política, así como en el hogar doméstico privadamente se la prolongan las preocupaciones, los hábitos, los sentimientos de familia; pero como iglesia y aun como religion positiva la reforma protestante ha terminado su carrera. Renunciando

para siempre á progresar, bien se contentaria con permanecer estacionaria y con mantener sus pasadas conquistas, lejos de pensar en otras nuevas, para lo cual acaba de acreditarla de impotente el ningun fruto que le han dado en España tres años de libertad de cultos. *Ser católicos ó no ser cristianos, tal es la cuestion*, de cada dia mas despejada; y del mismo modo que en Cristo va concentrándose toda fé, es decir toda creencia sobrenatural, y para él solo vá á guardar altares la tierra, así se marchitan y secan por completo las ramas desgajadas de su tronco, agotada la savia que pudo prestarles por algun tiempo lo que conservaban de su inmortal doctrina.

Con este magnífico y consolador deslinde que presenciamos entre la verdad y el error, se liga y manifiesta no menos grandiosamente otro análogo, sin medios términos ni ambigüedades, entre la sumision y la rebeldía. Cismas son respecto de la legitima autoridad las que respecto del dogma se llaman heregías; y aunque raras veces dejan de guardar íntima correspondencia, porque dogma es tambien en la Iglesia católica el origen y constitucion y facultades y caracteres y manifestaciones de su poder, formando un cuerpo de ley en que todo se halla previsto y fijado, sucedia en siglos anteriores que no siempre el rehusar la obediencia argüia perversion de la fé en el entendimiento. Las diferencias puramente teológicas que llevaron á la iglesia griega á desmembrarse de la universal, cedian tanto en importancia

á las de gobierno y disciplina, que mas bien que de herética se le imprimió la nota de cismática; y casi por espacio de medio siglo anduvo controvertida en las naciones cristianas la legitimidad entre los papas de Roma y los de Aviñon, sin haberse fallado todavía á favor de ningunos la contienda, como no sea por haber quedado vigente el órden numeral de los primeros. Versando de consiguiente, no ya sobre el principio de autoridad, sino sobre la genuína representacion de ella, pudo prolongarse sin menoscabo de las creencias el gran cisma de Occidente; y por esto mismo, porque protestando respeto al depósito de la revelacion se ponian no mas en litigio las atribuciones del supremo gerarca, dura aun en Oriente al cabo de diez siglos, por mas que la morbosa existencia que arrastra allí la cristiandad sea una perenne demostracion de que no cabe en esta vigor ni lozanía sin union con la santa sede.

Admirable disposicion de la Providencia, que en nuestros dias de insubordinacion y orgullo no ha permitido que en el campo de la Iglesia pudiese echar hondas raices la venenosa cizaña, ni que se confundiese en apariencia con la buena semilla! Cuando el orbe tributaba una veneracion ilimitada á la silla de Roma, cuando apenas osaba levantarse voz alguna contra sus escelsas prerogativas, entonces á cada momento surgian antipapas, suscitábanse disputas sobre la legitimidad de la persona muy por bajo del augusto prestigio de la institucion, y no habia resistencia tenaz, ó hipócrita protesta, ó rebelion violenta y temeraria, capaz de conmover su firmeza incontrastable. Pero á medida que se han multiplicado los ataques al principio de autoridad, que han tomado brios las huestes enemigas, que han ido en aumento los peligros, cesan las competencias interiores, afirmase la disciplina, brilla con mas luminosos caracteres no interrumpida ni pleiteada la línea de los sucesores de S. Pedro; y si á pesar de todo resultan escisiones, ya no son de larga duracion ni perturban honda y estensamente las conciencias, porque muy pronto, ó bien se remedian y cicatrizan restableciendo la unidad, ó bien pasan

á definitivos rompimientos que si bien lamentables á ningun fiel verdadero seducen ni engañan.

Estos son los tiempos críticos y azarosos, para los cuales ha reservado Dios la proclamacion dogmática de la infalibilidad de su preeminente delegado, solemnemente declarada en concilio general, autoridad la mas lata é irrecusable para cuantos reconocen alguna en la Iglesia. Augurábanse conflictos, temíanse cismas, primero por algunos prelados en los pueblos ó en sus gobernantes, despues en el seno de la augusta asamblea por suspicaces ó apasionados observadores estraños á la misma que interpretaban injuriosamente aquellos recelos: ni unos ni otros se hubieran concebido, si se fijara con mas fé la consideracion en la ordinaria economía de los divinos decretos, que á ningun creyente, y mucho menos á la sociedad de los creyentes, imponen pruebas superiores á su resistencia. ¿Habia de ser piedra de tropiezo la que el Señor deparaba para mas firme base de su edificio? ¿habia de introducir confusion la luz mas clara y espedita que se encendia en medio de la oscuridad creciente, ó relajar los vínculos de la obediencia el soberano sello impreso en la autoridad que habia de estrecharlos? Jamás concilio alguno presentó en sus discusiones mas serena y magestuosa calma que el del Vaticano, jamás se manifestó en los acuerdos mas imponente unanimidad, jamás siguieron á la promulgacion de sus cánones adhesiones mas numerosas y absolutas. De tantos centenares de obispos, congregados ó dispersos, ni uno solo ha vacilado, cuanto menos claudicar. ¿Y los pueblos? y los gobiernos? Los gobiernos, los que han tenido para hacerlo bastante desahogo, han atizado inutilmente en sus súbditos el cisma; y el conquistador mas afortunado despues de Napoleon I, armado á la vez de belicosa fuerza y de astuta diplomacia, parece haberlo tomado bajo su proteccion para quebrantar los estados católicos alemanes y levantar sobre sus ruinas el improvisado imperio. Y ved lo que consigue: en Baviera, en Suiza, donde quiera se intente, en vez de especiosos conciliábulos propios para tergiversar la verdad y dar bri-

lantes apariencias al error, clubs tumultuarios de libre-pensadores donde ni fórmula queda de catolicismo sino para convencer de absurdas sus inconsecuencias, donde su promovedor, el desgraciado Doellinger, se esfuerza en valde para enfrenar la corriente que le arrastra lejos del límite que le trazaba.

Acabáronse ya, quiera el cielo que sea para no volver, las sumisiones condicionales, las disidencias coloreadas, las rebeliones vergonzantes; véñese en nuestra edad apostasías, demasiadas ay! por desgracia, pero no cismas dentro de la Iglesia. El prevaricador se sale de ella para atacarla, mas no permanece ya en su recinto traidoramente puesto de inteligencia con los enemigos exteriores; y como si Dios se mostrara mas severo con la indocilidad hoy que es mas frecuente y mas peligrosa, el primer paso que por el camino de ella se anda precipita instantáneamente por un resbaladero, donde no solo se pierde la obediencia sino la fé. Nunca se habia manifestado tan á la vista que *el que no oye á la Iglesia debe ser considerado como gentil y publicano*, puesto que sus creencias y sus costumbres degeneran intrinsecamente en las de tal. Alto beneficio es del Señor, que no ha querido que á la perturbacion de los tiempos se añadiese otra mas fatal, que es la de las conciencias estraviadas por encubiertos errores ó inciertas de la autoridad de sus guías, y que en medio de la mayor furia de los combates ha derramado el mayor golpe de luz para discernir las banderas y prevenir asechanzas. Sin dejar por eso de estar precavidos contra ellas, guardémonos pues de alimentar sospechas respecto de nuestros hermanos por divergencias meramente políticas, mientras se mantengan sumisos á una misma fé y á una misma autoridad, y mucho menos de envolverlos gratuitamente y por fallo propio en censuras que no ha emitido por cierto el padre comun para sembrar querellas y desconfianzas entre sus hijos verdaderos. Los católico-liberales que él señala como peligrosos, hélos ahí ya transformados en los ultra-cismáticos de Munich por ese rápido desenvolvimiento que caracteriza hoy al mal; y seria de espíritus atrabiliarios

estender la acusacion y aun el recelo á los sinceros cristianos y escritores beneméritos, que antes en muy diverso sentido se designaban con aquel epíteto digno ya de ser abandonado, y que á pesar de sus defectos de escuela como todas los tienen, prestaron á la religion insignes servicios. Seguramente que estos no les aseguran la indefectibilidad, pero ¿la tiene acaso en esta frágil vida el talento mas eminente? y hay acaso escuela ó comunidad que no tenga que lamentar desastrosas caídas?

Se acerca el gran triunfo de la unidad católica; cuanto mas se trabaja en destruirla, mas fuerte, mas pujante, mas luminosa aparece. La esperiencia está demostrando, lo mismo en otros países que en España, que si es harto posible descatolizarlos, el protestantizarlos es imposible. Muchos en esta dura prueba dejarán de creer; pero todo el que crea algo al salir de la crisis, creará por completo las enseñanzas de la Iglesia. Muchos dejarán de obedecer; pero todo el que admita de hoy mas una autoridad espiritual, obedecerá sin reserva al papa infalible. Y entonces de todos los creyentes y obedientes se formará *un solo rebaño bajo un solo pastor*. Entonces, convertida la unidad católica en unidad religiosa, Cristo *lo atraerá todo á sí*, y vendrán á él todos los espíritus que crean en Dios y en sí mismos.

J. M. Q.

LA LEY DEL PROGRESO.

II.

Supuesto pues el enlace de las ideas y el encadenamiento de los hechos, en lo cual consiste la ley de la historia, naturalmente ocurre una cuestion, es á saber, si la humanidad adelanta, ó bien si solo se agita y revuelve sin moverse de un punto determinado; si avanza en línea recta, digámoslo así, ó bien si gira en un círculo, desandando hoy lo que ayer anduvo.

Examinada la cuestion con detenimiento y bajo su verdadero punto de vista, parece innegable el progreso humano: solo que el camino no es llano, ni la marcha está desembarazada de trabas y obstáculos; pues el hombre abusando de su libertad se

desvía á menudo de la línea recta que guía á la perfeccion, pero estos desvíos son pasajeros; tropieza con harta frecuencia, pero vuelve á levantarse para proseguir con nuevos alientos su camino; y hasta á las veces retrocede, pero el retroceso no es duradero, porque ¿qué es un siglo en la larga vida de la humanidad? lo que un día, lo que una hora en la vida del individuo.

Por de pronto el progreso es evidente si se establece un parangon entre los puntos mas culminantes de la historia, es decir, entre las épocas que mas sobresalen en el largo curso de los siglos, y que por ofrecer rasgos bien delineados y característicos hacen mas fácil la comparacion y mas palpable el contraste. Así ¿podrá negarse que la instalacion del cristianismo en medio de la sociedad pagana fuera un verdadero progreso? Ciertamente que no; las ideas cristianas se apoderaron en aquella época de los elementos de civilizacion y cultura entonces existentes, y pasándolos por el crisol de la verdad los depuraron de la escoria del paganismo de que estaban impregnados. La operacion no fué instantánea sino progresiva, por ser el resultado de un trabajo tardío y prolongado; pero, como quiera, el hecho es que aquellas sociedades sometidas á la accion incesante del cristianismo iban transformándose gradualmente, á pesar de las complicaciones que á cada paso surgian, y que retardaban la definitiva disolucion del elemento pagano. Esterminado este, triunfante el cristianismo, apareció una nueva época, la edad media, que bien puede calificarse de nuevo y gran paso de la humanidad en la senda del progreso, dado bajo la direccion y el impulso de las ideas cristianas. Continuando estas su obra de transformacion y perfeccionamiento al través de mil obstáculos y á costa de prolongadas luchas, la fuerza misma de las cosas, la lógica inevitable de los hechos, abrió una nueva era, la edad moderna, nuevo empuje hácia adelante dado á la humanidad por el cristianismo.

No negaremos que la época presente tenga mucho de malo, pero es indudable que reúne no pocos elementos de sólido y verdadero progreso que la hacen superior bajo muchos conceptos á las que nos precedieron. Esa liga y mezcla de bien y de mal no es peculiar de los tiempos modernos, sino achaque comun á todas las épocas de la historia y resultado muy natural de la condicion humana. Todo cuanto á esta se refiere tiene dos puntos de vista, uno despacible y repugnante, y otro bello y seductor; y segun sea el pincel que nos trace los cuadros de la historia, resultarán estos sombríos ó risueños,

recargados de negros colores ú ofreciéndonos encantadas perspectivas. Pero no es esta la cuestion; no es así como deben ser estudiados los diversos períodos de la historia, sino en su conjunto ó totalidad que coloca al observador en el verdadero punto de vista; pues la vida de la humanidad no debe medirse por siglos, sino por épocas, porque por estas están representadas las fases y evoluciones de aquella vida. ¿Ni qué época hay que al asomar al campo de la historia no se haya presentado turbulenta y agitada? Todas ellas se han inaugurado con una lucha mas ó menos encarnizada, y han alcanzado luchando su completo desarrollo. Ahora pues; comparadas entre sí las tres grandes épocas de la historia, la antigua, la media y la moderna, ¿no se descubre el sucesivo desenvolvimiento de la vida social? ¿No es palpable la mejora y gradual perfeccionamiento de las sociedades humanas, aun en medio de los graves trastornos que las trabajan incesantemente? En tanto es así, que nadie quisiera retroceder á los tiempos medios; nadie sueña en resucitar la organizacion política y social de aquella edad, y hasta los que mas adictos se muestran á las instituciones antiguas no intentan restaurarlas sino en parte y perfeccionadas con todas las reformas útiles y necesarias que el espíritu de los tiempos modernos reclama. Y esto ¿por qué? porque no puede negarse que la humanidad verdaderamente marcha hácia adelante; que en el fondo de las aberraciones del presente siglo hay algo y aun mucho de verdad, la cual depurada de los abusos y exageraciones que la afean y corrompen, pudiera devolver la paz y la prosperidad á las naciones que de ellas carecen.

Si no nos equivocamos la edad moderna se halla aun muy en sus principios; bajo las capas sociales hierven y fermentan aun las ideas que con el curso del tiempo han de representar legítimamente el espíritu moderno; se obran lentas transformaciones que en su dia saldrán á la superficie, y entonces aparecerá claro y evidente lo que ahora no puede menos de presentárenos incierto y problemático. Porque en efecto, ¿quién podrá lisonjearse de adivinar el porvenir que está reservado á las sociedades modernas? Sobra de presuncion mostraria tener el que se atreviese á vaticinar el desenlace final de las escenas que hoy nos mantienen á todos en angustiosa espectacion. Lo pasado no parece que esté en armonía con las tendencias y el espíritu del siglo; lo presente, á parte de los defectos capitales de que adolece, no ha llegado aun á completa sazón y madurez; ¿cuál será, pues, el porvenir que nos

aguarda? Andando los siglos ¿se combinará lo antiguo con lo moderno, lo bueno de los tiempos pasados con lo justo y razonable de los presentes? Pero ¿en qué proporción entrará entonces el elemento antiguo y en cual el moderno? Surgirá un nuevo orden de cosas en nada parecido al pasado ni al presente; pero ¿en qué consistirá ese nuevo estado, ese misterioso modo de ser de las sociedades futuras? Á semejantes preguntas no puede responderse mas que: solo Dios lo sabe. Lo que parece indudable es que la humanidad marcha, que la fuerza de las cosas, á la cual no puede oponer un obstáculo duradero la malicia humana, subordina las ideas y los acontecimientos á los profundos designios de Aquel que todo lo rige y gobierna. Al hombre no le toca sino humillarse ante los arcanos del porvenir; los ejemplos de la historia no le dicen otra cosa sino que es de esperar que la Providencia sacará del revuelto caos de las sociedades modernas algo que corresponda á las necesidades del nuevo estado á que parece dirigirse la humanidad.

No vaya á creerse por lo dicho que estemos afiliados á algun partido, ó que militemos bajo alguna bandera política. De estas poco ó nada esperamos, pues estamos íntimamente persuadidos de que el catolicismo, y solo el catolicismo, puede y ha de mejorar las sociedades guiándolas por la áspera y difícil senda del progreso; porque tambien el catolicismo progresa tomando esta palabra en su genuína acepción.

Ni queremos significar con esto que las verdades de la fé estén sujetas á los cambios y vicisitudes de las cosas humanas ó al flujo y reflujo de las de acá bajo. No, que la verdad es inmutable; pero no por eso puede decirse de ella que carezca de todo progreso, ó sea de cierto desenvolvimiento gradual, porque á medida que el estudio la fecundiza, y segun las circunstancias lo reclaman, se deducen de ella consecuencias antes no conocidas ó no claramente deslindadas. Así es que el catolicismo ha desarrollado su símbolo y su moral, al paso que el error ha propalado sus perniciosas doctrinas. Y en este sentido es que no tenemos reparo en afirmar que el catolicismo progresa, pues permaneciendo inmutable en su esencia, en las formas se adapta á las legítimas aspiraciones de la época en que vive. «En los primeros siglos, dice un escritor contemporáneo, combatió con la sangre y las doctrinas para construir una sociedad nueva sobre las bases derruidas de la antigua: en el XVII mostró la armonía de la ciencia y de la sociedad con la verdad: en el nuestro está llamado á curar dolores desconocidos á las profun-

das creencias de las pasadas edades, y ofrecer en la fé puerto seguro á las doctrinas exageradas, á las agitaciones estériles, á las amargas ilusiones de la inteligencia.»

JUAN MAURA PRO.

LA MORAL CATÓLICA

POR ALEJANDRO MANZONI

traducida del italiano.

CAPÍTULO XIV.

DE LA MALEDICENCIA.

«La moral propiamente dicha nunca ha cesado sin embargo de ser objeto de las predicaciones de la Iglesia, pero en la Italia moderna el interés sacerdotal ha corrompido cuanto ha tocado. La benevolencia mútua es el fundamento de las virtudes sociales: al reducirla á precepto el casuista ha declarado que el decir mal del prójimo era pecado, ha impedido á cada uno el expresar el juicio exacto que debe discernir el vicio de la virtud, ha impuesto silencio á la voz de la verdad. Acostumbrando de este modo á que las palabras no fuesen la expresion del pensamiento, no ha hecho mas que redoblar la secreta desconfianza de cada hombre hácia sus semejantes.»
Pág. 419, 420.

Es tan propia de la Iglesia la doctrina que prohíbe hablar mal del prójimo, que los casuistas que la han profesado pueden con toda libertad echar sobre aquella toda la responsabilidad. Y si se preguntara á la Iglesia qué motivos la han inducido á erigirla en precepto, contestaria que no lo ha hecho sino que lo ha recibido, que además de estar enlazado con toda la doctrina católica, este precepto se halla á menudo y expresamente intimado en ambos testamentos. He aquí, en gracia de la brevedad, una sola prueba: *No os engañeis... los maldicientes no poseerán el reino de Dios* (1).

¿Pero acaso esta sentencia tiene necesidad de ser justificada? ¿quién osaría sostener la contraria?

Un cargo se le hace aquí, es á saber, de que *impide á cada uno el expresar el juicio exacto que debe discernir el vicio de la virtud, impone silencio á la verdad y aumenta la desconfianza entre los hombres*. Mas el ilustre autor no pretenderá ciertamente que se mire solo por un lado una cuestion tan varia y complicada. Aun cuando un precepto sirviese de obstáculo para algun bien, es justo pesar todos sus efectos y tener en cuenta el mal que evita, porque

(1) *Nolite errare... neque maledici... regnum Dei non possidebunt*. I. Corinth. vi, 9, 10.

seria harto singular que una prohibicion que tiene por objeto el inducir á los hombres á tenerse mútua consideracion, solo á las cosas útiles sirviese de impedimento.

El amor á la verdad, el deseo de hacer un justo discernimiento entre el vicio y la virtud, ¿son por ventura el motivo comun y principal que determina á decir mal del prójimo? y lo que resulta de ordinario ¿es acaso el poner en claro la verdad, honrar la virtud, y hacer abominar el vicio?

Una sencilla mirada á la sociedad pronto nos convence de lo contrario, mostrándonos los verdaderos motivos, los verdaderos caracteres y los efectos comunes de la maledicencia.

¿Por qué en las conversaciones ociosas de los hombres, donde la vanidad de cada uno, que quisiera ocupar á los otros de sí mismo, halla un obstáculo en la vanidad de todos que tienden al mismo fin, donde se combate con disimulo y á veces abiertamente para conquistar aquella atencion que tan escasas veces se querría conceder, por qué le es tan fácil de conseguir al que promete en su exordio decir mal del prójimo, sino porque tantas pasiones esperan deleitarse con sus palabras? Y qué pasiones! Es el orgullo que en la humillacion de los otros tácitamente nos hace suponer nuestra superioridad, que nos consuela de nuestros defectos con la idea de que otro los tenga semejantes ó peores. Miserable condicion la del hombre! Ansioso de perfeccion, rehusa los socorros que la religion le ofrece para progresar hácia la perfeccion absoluta para la cual ha sido criado, y se agita tras una perfeccion relativa; anhela no por ser el mejor, sino el primero; quiere compararse pero no adelantar. Es la envidia inseparable del orgullo, la envidia que se alegra del mal como la caridad del bien, que respira con mas libertad cuando una buena reputacion es mancillada, cuando se demuestra que tal virtud ó tal talento no existe. Es el odio que nos hace tan fáciles en dar crédito á las pruebas del mal; es el interés que hace aborrecer todo género de competidores: tales y parecidas son las pasiones por las cuales es tan comun el decir y escuchar el mal; aquellas pasiones que explican en parte el villano deleite que experimenta el hombre riéndose de otro y condenándole, y la lógica fácil é indulgente acerca de las pruebas del mal, mientras que á menudo se establece un juicio tan severo antes de creer una buena accion ó la pureza de intencion de una buena obra. No es extraño que la religion no sepa que hacer de estas pasiones ni de lo que las pone en movimiento. Materiales corrompidos y enemigos de toda cohesion,

¿cómo han de entrar en el edificio de amor y de humildad de culto y de razon, que quiere aquella levantar en el corazon de todos los hombres?

Hay en la maledicencia un carácter de vileza que la constituye una especie de secreta delacion, y hace resaltar tambien en esta parte su oposicion con el espíritu del evangelio que es todo franqueza y dignidad, que abomina los medios encubiertos con los cuales se daña sin exponerse, y que en las contiendas que harto veces hay que tener con los hombres en defensa de la justicia ordena comunmente una conducta que supone valor. El censurar á los ausentes no ofrece peligro de ordinario al que lo hace; es una hostilidad contra quien no puede defenderse, es amenudo una adulacion tanto mas innoble cuanto mas ingeniosa hácia el que escucha. *No hablarás mal de un sordo* (1) es una de las profundas y piadosas prescripciones mosaicas; y los moralistas católicos, que la aplicaron tambien á los ausentes, han demostrado que conocian el verdadero espíritu de una religion que quiere que cuando uno se ve obligado á hacer oposicion la haga conservando la caridad y evitando toda baja descortesía.

La maledicencia, dicen muchos, es una especie de censura que sirve para mantener á los hombres en el deber. Sí, como seria apto para disminuir los delitos un tribunal compuesto de jueces interesados contra el acusado, donde este no fuese citado ni oido, donde el que quisiese salir en su defensa fuese de ordinario desalentado y mofado, donde por lo comun todas las pruebas de los cargos fuesen tenidas por buenas. Es una verdad harto fácil de observar que se presta fe á la maledicencia sobre unos argumentos, que en materias donde hubiese interés de examinar no bastarian para producir ni una corta probabilidad.

La maledicencia envilece al que habla y al que escucha, y las mas de las veces al que es objeto de ella. Cuando hiere á un inocente (y por grande que sea el número de las faltas el de las acusaciones injustas le es muy superior), ¡qué tentacion es esta para él! Tal vez siguiendo fatigosamente el árduo camino de la probidad se proponia como fin la aprobacion de los hombres, estaba imbuido en aquella opinion tan falsa como vulgar de que la virtud es siempre conocida y apreciada: al verla en él desconocida empieza á creer que es un nombre vano; su alma, nutrida en las plácidas y tranquilas ideas de aplauso y de concordia, empieza á gustar la amargura del odio; entonces el instable fundamento, so-

(1) *Non maledices surdo.* Levit. xix, 14.

bre el cual se asentaba su virtud, cede fácilmente: dichoso él si conoce en esta ocasion que no es una recompensa segura, ni aun recompensa, la alabanza de los hombres. Ah! si la desconfianza reina entre las penosas, la facilidad en decir mal es una de sus causas principales. Quien ha visto á un hombre fingir la sonrisa de la amistad apretando la mano de otro, y le oye á sus espaldas achacarle acciones perversas, interpretar sus intenciones, penetrar en el santuario de su conciencia, ó al menos censurar su conducta, aquel naturalmente debe desconfiar de todos, debe creer que solo la bajeza ó la malignidad pone en boca de los hombres las expresiones de estimacion y de desprecio. Por el contrario aumentaria la confianza, y con ella la benevolencia y la paz, si la detraction fuese proscrita: cualquiera que al abrazar á un hombre pudiese estar seguro de no ser el objeto de su censura é irrision, lo haria mas fácilmente con un sentimiento mas puro y espontáneo de caridad.

Creen muchos que la repugnancia en suponer el mal proviene de excesiva sencillez ó de inexperiencia, como si se necesitara una gran perspicacia para suponer que todos elijen siempre el partido mas injusto. En cambio la disposicion á juzgar con indulgencia, á examinar las acusaciones precipitadas, y á compadecer las faltas positivas, exige el hábito de la reflexion sobre los complicadísimos motivos que determinan á obrar, y sobre la naturaleza y debilidad del hombre.

El que oye los severos juicios que con ligereza se han formado sobre él mismo, siente á veces en ellos un grado de injusticia que no sospechaba el que los formó. Aquel ha obrado en una situacion de espíritu en que se hallaba por un conjunto de circunstancias, de sentimientos y opiniones que solo él puede abrazar: el censor no se ha hecho cargo de ello, ha juzgado el hecho desnudo con reglas cuya aplicacion no puede exactamente apreciar, quizás critica á un hombre únicamente porque este no obra como él obraria, porque no tiene sus mismas pasiones. Y aun cuando el censurado se vea obligado á confesarse á sí mismo que la maledicencia no fué calumnia, esto por lo comun no produce en él la enmienda sino el rencor; no piensa en corregirse, sino que se pone á examinar la conducta de su detractor, á buscar en ella un lado débil y abierto á la recriminacion: en todos es rara la imparcialidad, pero mas aun en los ofendidos. De este modo se establece una guerra miserable, y una ocupacion continua en examinar y propalar los defectos ajenos, que aumenta el descuido de los propios.

Por último, cuando los intereses nos ponen uno en frente de otro, ¿qué mucho si las iras y las arremetidas son tan bruscas, si nos ocasionamos tanto daño? El haber pensado y dicho tanto sobre ello nos tiene preparados; estamos acostumbrados á no perdonarnos en la conversacion, á gozarnos en la humillacion ajena, á maltratar hasta á aquellos mismos con quienes no estamos en pugna; tratamos como enemigos á los desconocidos: ¿cómo hemos de usar de dulzura y guardar consideraciones en los momentos cabalmente que requieren un ánimo ya de mucho tiempo ejercitado? Por esto la Iglesia, que quiere fraternidad, quiere tambien hombres que no piensen el mal, que giman cuando lo ven, que hablen de los ausentes con aquella delicada atencion que el amor propio de ordinario nos hace guardar con los presentes. Para regular las acciones enfrena las palabras, y para regular estas pone la guarda en el corazon.

Sepáranse á veces y se condenan dos especies de prescripciones religiosas, que por el contrario se deberian aproximar y admirar. Pertenecen á la primera especie la oracion continua, la guarda de los sentidos, la lucha perpétua contra todo apego á las cosas mortales, el referirlo todo á Dios, la vigilancia sobre los principios de todo sentimiento immoderado, y otras semejantes. Dícese de estas que son miserias, vínculos que ligan el ánimo sin producir un resultado, prácticas del claustro. Son de la segunda especie las prescripciones duras pero justas y sin excusa, que en ciertos casos exigen sacrificios repugnantes á los sentidos, sacrificios que nuestro corazon muelle y esclavo mira como heroicos, pero que la razon declara no ser mas que deberes de estricta justicia. A propósito de estas se dice que es necesario tomar los hombres como son, y no exigir cosas perfectas de una naturaleza débil. Pero cabalmente porque conoce la debilidad de esta naturaleza sobre la cual quiere obrar, por esto la religion la circunda de ausilios y de fuerza; precisamente porque el combate es terrible, quiere preparar al hombre para toda la vida; precisamente porque tenemos un espíritu que una fuerte impresion basta á turbar, que la importancia y la urgencia de una eleccion confunden tanto mas cuanto mas necesaria es la calma, precisamente porque la costumbre ejerce una especie de imperio sobre nosotros, la religion emplea todos nuestros momentos en habituarnos al dominio de nosotros mismos, al predominio de la razon sobre las pasiones, á la serenidad del entendimiento. La religion ha sido comparada, desde sus primeros tiempos y

de sus primeros apóstoles, á una milicia. Continuando este símil, puede decirse que quien no ve y no sabe apreciar la unidad de sus máximas y doctrinas es como el que hallase extraño que los soldados se ejerciten en los movimientos de la guerra, y sufran sus privaciones y fatigas cuando no hay enemigos.

Las filosofías humanas reclamando del hombre mucho menos, son mucho mas exigentes: nada hacen para educar el alma en el bien difícil y solo prescriben acciones aisladas; quieren á menudo el fin sin los medios; tratan á los hombres como reclutas, á quienes no se les hablase mas que de paz y diversiones y que de improviso fuesen conducidos ante terribles enemigos. Pero no se evita el combate con olvidarlo; vienen los momentos de lucha entre el deber y lo útil, entre la costumbre y la necesidad, y el hombre se halla enfrente de una grande inclinacion que vencer, no habiendo nunca aprendido á vencer las mas pequeñas. Tal vez se habrá acostumbrado á reprimirlas por miras de interés, por una prudencia sensual; pero ahora el interés es lo que cabalmente hace difícil su posicion. Se le ha pintado la senda de la justicia como una senda llana y sembrada de flores; se le ha dicho que solo se trataba de escojer entre los placeres; y ahora se encuentra entre el placer y la justicia, entre un gran dolor y una grande iniquidad. La religion que ha hecho fuerte á su discípulo contra los sentidos y las sorpresas, la religion que le ha enseñado á pedir siempre unos auxilios que nunca son negados, le impone ahora una grande obligacion, pero le ha puesto en estado de cumplirla, y el haberle pedido un gran sacrificio será un don mas con que lo habrá favorecido. La religion pidiendo al hombre cosas mas perfectas, pide cosas mas fáciles; quiere que llegue á una grande altura, pero le ha aillanado la subida y le ha conducido de la mano: contentándose las filosofías humanas con que toque un punto harto menos elevado, á menudo pretenden mas, pretenden un salto que no está en la fuerza del hombre.

CRÓNICA.

Una carta de Roma dice que al recibir nuestro santísimo padre á los comisionados del círculo de San Pedro, pronunció estas sombrías palabras:

«*Consummatum est.* Todo ha concluido. Mi atribulado corazón no espera en manera alguna el auxilio de los hombres; me veo oprimido por un círculo de hierro que las fuerzas humanas no quieren quebrantar, y que los decididos defensores no pueden hacer trizas. Cual Jesucristo, ha de verse

su vicario completamente desamparado. *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Dios mio, porque me has desamparado?»

Una lágrima tiernísima del gran Pio IX vino á hacer derramar á raudales las de los circunstantes, y prosiguió: «En verdad os digo que esta es la hora del poder de las tinieblas. Solo Dios puede salvar, como salvará, la nave de San Pedro. Rogad y velad para que no entreis en tentacion.»

Segun mas consoladoras noticias, el papa, que continua disfrutando de excelente salud, recibió el dia 14 una comision de Grottaferrata que le fué presentada por el marques de Cabalotti. A las espresiones de fidelidad y adhesion del mensaje leído por el noble marques, Pio IX respondió en términos llenos de bondad y dulzura que impresionaron vivamente á los concurrentes. Sin ocultar ni disimular la gravedad de las circunstancias, Pio IX no pierde la esperanza, y habla de manera que conforta á quien le escucha. La suerte de la monarquía pontificia, dice, está en gran parte en manos de los fieles que con sus oraciones y sus obras pueden apresurar y merecer la intervencion de la Providencia.

La situacion de Roma empeora de dia en dia. El sábado 14 del actual un grupo de unos cincuenta hombres armados de palos atravesó el Corso y las calles inmediatas dando gritos subversivos. Los agentes de seguridad pública les dejaron el campo libre, y al dia siguiente se reprodujo la escena. Pero los gendarmes intimaron al grupo que se disolviese, y habiéndose negado fueron presos los principales jefes de los alborotadores. De aquí provino una batalla en forma en la que los gendarmes, pocos en número, fueron heridos casi todos, teniendo que retirarse y soltar á los presos.

La emocion ha sido grande en la ciudad y principalmente en el Corso, teatro de la lucha, y los periódicos del gobierno son hoy los primeros en censurar vivamente á sus amigos y en reprobar su conducta.

En la noche del último lunes, al entrar en cierto teatro Ricciotti Garibaldi fué acogido con gritos de ¡viva Garibaldi! ¡abajo las garantías! ¡mueran los curas! ¡viva la república! El alcalde que estaba en el teatro, permaneció impasible, y al marcharse el hijo de Garibaldi se repitieron con mas fuerza los gritos de ¡viva la república!

El anuncio de la próxima provision de obispados vacantes en Italia, ha llenado de alegría á los católicos italianos, especialmente á las iglesias huérfanas de sus pastores desde hace largo tiempo. En muchas ciudades preparan los fieles magnífico recibimiento á los prelados, elegidos todos por Pio IX entre los sacerdotes mas virtuosos y sabios de Italia. Los periódicos revolucionarios, especialmente *Il Tempo*, tienen valor para censurar al papa porque los futuros obispos son *ultramontanos*. ¿Querian por ventura que fuese á escojer obispos entre los anti-infalibilistas ó *viejos* de Munich? ¿O habia de buscarlos entre las filas de los revolucionarios?

El canónigo Doellinger parece muestra deseos de abjurar sus errores. De una carta que ha escrito á uno de sus amigos tomamos el siguiente párrafo: «Yo no quiero separarme de la Iglesia católica, en la cual nací y se me educó, á la cual consagré con alegría mis convicciones y los mejores años de mi vida. No se me ocultaba que mis dudas puramente científicas contra los decretos conciliares tendrian estraños aliados; pero una pasión, un proceder tan ciego como el que acabo de presenciar en estos últimos dias, nunca lo esperaba. Estoy amargamente desilusionado.» Doellinger se refiere al espectáculo nada edificante que ha ofrecido el conciliábulo de secuaces suyos celebrado en Munich. Dios le ilumine, y tambien á sus extraviados compañeros.